

ORANDO CON LA PALABRA

(12º Domingo. Tiempo ordinario)

“Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó:”¿Quién dice la gente que soy yo?”. Ellos contestaron: “Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas “. Él les preguntó :” Y vosotros ,¿quién decís que soy yo?”. Pedro tomó la palabra y dijo: “El Mesías de Dios”. Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: “El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día “. Y, dirigiéndose a todos, dijo:” El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará”.

(Mt. 9,18-24)

Jesús, en diálogo con sus discípulos, después de un tiempo de compartir mensaje y camino, les sitúa ante una cuestión clave y personal, a la que nosotros también tendríamos que responder hoy: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo” ?.

Y tras el interrogante, Jesús va desgranando situaciones difíciles, dolorosas, que por fidelidad al proyecto del Padre, va a sufrir. Y no evita dejar claro, a quienes estén dispuestos a seguirle, que el conflicto, la dificultad, el “perder” va a ser condición de sus seguidores.

La Palabra, en este texto de Mateo, nos presenta estas realidades difíciles de asumir, incluso de entender: negarse a sí mismo, cargar con la cruz. No se trata del dolor por el dolor, sino de vivir con tal fuerza y honradez la entrega, que se esté dispuesto a cargar con el conflicto a costas, a vivir el silenciamiento, la muerte, si ése es el precio de la fidelidad.

Que sepamos entrar en la dinámica aparentemente contradictoria del perder que es ganar..Que recordemos y actualicemos, que la Salvación viene desde abajo, desde lo pequeño, desde lo oscurecido, desde lo humilde. Y que vivamos las actitudes de Jesús, el Siervo despreciado, traicionado, condenado que, en su misericordia desbordante, perdona y salva.

ORACIÓN

Un día más, Señor,
aquí estoy, ante ti,
dejando que tu presencia
me envuelva y me serene,
acogiendo tu Palabra

que, incisiva y clara
me vuelve a preguntar:
“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

No sé si respondo, Señor,
lo que eres realmente o lo que deseo que seas
para mi y en mi vida.
Pero realidad o sueño,
compromiso o proyecto,
necesito repetirte
que eres mi único Señor.
Eres, la presencia cercana de Dios, en mi vida,
quien la levanta y la impulsa, cada mañana.
Quien me muestra el corazón y el rostro
del Dios que me sustenta,
que me fortalece,
que me humaniza y me diviniza.
Quien me llama y me acompaña
porque quiere que hagamos “Reino”
en la misma barca.

Quisiera responderte,
no sólo con una expresión sincera de fe,
sino con la vida.
¿cómo vivo?, ¿qué busco?,
a qué me comprometo, porqué y por quién.
Y que los sentimientos, las relaciones,
la entrega sencilla y oscura de cada día,
las opciones , honestas y libres,
el tomar postura ante la vida y los acontecimientos
fueran mostrando,
que Tú eres amigo y compañero,
maestro, modelo y Señor,
Dios y Salvador,
presencia y fuerza
que da sentido a mi existencia
y mantiene las razones que tengo para vivir
y para seguir en pie,
caminando y soñando.

Pero seguirte, Señor, no es tarea fácil,
y hoy tu Palabra,

me presenta un camino duro,
que implica negación y cruz.

Negarse a sí mismo..
es no esperar gratitud ni reconocimiento,
es buscar el bien del otro
antes que el tuyo propio.
Es apoyar, sonreír, perdonar
aunque no recibas apoyo, sonrisa ni perdón.
Es integrar
proyectos y sueños truncados,
sin recriminar, sin perder la serenidad
ni la esperanza.
Es ponerse al lado del débil,
aunque pierdas el favor del fuerte.
Es afirmar la vida
y todo lo que es honrado y justo,
aún a precio de morir, o de ser silenciado.

Y me vuelves a repetir, Señor,
que quién pierde su vida, por ti, por tu mensaje,
por la verdad, por los otros,
por los más pequeños,
la gana.
Y ganar la vida en ti,
es amanecer cada mañana
con el corazón libre.
Es sonreír a los ojos y al viento.
Es estrenar cada día, la libertad
y sentirte fortalecida en la fe.
Es confiar
en que todos caben
en el corazón de Dios,
y que Él seguirá impulsando
semillas nuevas
que den dignidad y esperanza
a los hombres y a los pueblos.

¡Harnos humildes y fuertes
para no tener miedo a perder la vida,
y danos la alegría sencilla y profunda
de ganar la vida en ti.
Amén.

(Hna. Oyonarte)

